

# Voces de barro en la frontera

Fernando Sánchez Alonso

**A**islados de España por una frontera que se abrió tarde para ellos, separados del resto de Portugal por insolentes montañas, comunicados con los pueblos vecinos por carreteras estrechas que jadean entre el matorral, los aldeanos fronterizos de Trás-os-Montes viven en uno de los lugares más desconocidos y misteriosos de Europa. Un lugar que a punto está de morir.

Así es. *Agora já tudo acabou* es la frase que, dispuesta entre el lamento y la resignación, se oye con más frecuencia a estos ancianos. Y al pronunciarla más para sí mismos que para el viajero, se adueñan de un silencio oscuro y otean un horizonte cercado de retamas, de chaparros, de colinas y, tal vez, de la saudade de sus propios recuerdos.

Conscientes de que es difícil la comunicación con los poquísimos jóvenes que aún no han salido a escape a ciudades como Oporto o Lisboa o a cualquier sitio de Europa que les prometa trabajo, los viejos de estas localidades del noreste portugués fronterizas con Zamora se encierran a cal y canto en su forma de vida, la única que conocen desde niños, cuando su mundo era el mismo que les enseñaron a querer, a sufrir y a preservar sus antepasados: las labores agrícolas con los animales, el pastoreo, la unión con la naturaleza, la muerte en su propia cama. Una forma de vida que, en fin, apenas desaparezca esta última generación de ancianos, probablemente no volverá a repetirse en la Península Ibérica.

Paisajísticamente, y salvando los arribes del Duero, aptos para el trajín de los buitres y el

asombro de los turistas, esta comarca fronteriza es de una belleza mustia y angulosa, disponible solo para el que quiera inventársela lentamente. Tal vez por su orografía abrupta en la que apenas prosperan el encinar, el olivar y el monte bajo, y porque además queda a trasmano del mundo, según dicen ellos, esta es una región oculta en sí misma, hasta el punto de que –exagerando solo un poco–, si uno fuera un cartógrafo medieval, no dudaría en estampar en el mapa aquella vieja advertencia para aludir a los territorios inexplorados: *hic sunt dracones*.

## La maldición del dinero

Y quizá no dijera mal. Porque dragones hay, sí, pero metamorfoseados en forma de crisis económica, en hidras de mil cabezas que se alimentan del propio horror que causan. A estas tierras llegan tarde, poco y mal los dineros de Lisboa y de Bruselas. Eso desde siempre, aunque es verdad que la crisis económica actual no ha hecho más que agravar la situación.

Por ejemplo, para llegar a la capital del distrito, Braganza, desde Paradela (el primer pueblo portugués por el que entra el Duero) se tarda menos en recorrer los apenas 45 km. de distancia entre ambas localidades saliendo por las carreteras españolas que continuando por las portuguesas. Otro ejemplo. *El Diálogo de Trás-os-Montes* ofrece noticias tan poco optimistas como que el 70% de la población del altiplano mirandés sintoniza mal la TDT, o que la Escuela de Turismo de Miranda do

Douro ha tenido que cerrar el curso 2012/13 por falta de alumnos, o que la hermosa aldea de Travanca precisa de ayuda económica para no desaparecer del mapa.

## El tiempo, con pies de plomo

En definitiva, en estas poblaciones fronterizas se perpetúa un hermoso pero duro modo de vida que dejó de verse en buena parte de otras zonas rurales hace años. Allí, por ejemplo, todavía siguen utilizando los caballos y burros no para pasear el tedio de los turistas, sino para las faenas del campo, pues son preferibles a los tractores, que en algunos casos apenas caben en los pegujales y pequeños labrantíos.

Por otro lado, en muchas casas de las aldeas fronterizas con Zamora no hay calefacción individual y, para defenderse del frío, sus habitantes no cuentan más que con su propio y sufrido pellejo, con la mampostería de las paredes y con el hogar, donde se estiran las llamas del fuego bajo la olla servicial y amiga.

Y, sin embargo, no parecen envidiar las presuntas comodidades de este otro lado de la frontera. Senequistas y duros, razonan que no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita. Generosos y nobles, de una amabilidad y cortesía que emocionan, no vacilan en abrirle las puertas de sus casas al forastero y quitarse el pan de la boca para dárselo.

Este fotógrafo puede dar fe de ello. Durante la elaboración del reportaje (desde el verano de 2011 hasta los primeros días de 2013) no han sido dos ni tres veces las que ha sido invitado a compartir mantel y a arrimarse a la lumbre en los días más

crudos del invierno. Y todo sin preguntas ni desconfianzas. Y siempre con una hospitalidad y bondad infinitas.

## Un mundo que agoniza

Es esta tierra fronteriza, en efecto, una tierra pobre, de entrañas casi resacas, pero donde aún es posible, como dijo Pessoa, «vivir solo de vivir». Tierra pobre, sí, y más después de que cerraran para siempre las minas de estaño y wolframio de Argozelo o de Ifanes. Tierra pobre, y por tanto tierra también de emigrantes, según atestiguan los numerosos coches que, con matrícula de Francia fundamentalmente, salpican las rúas de estas aldeas en el mes de agosto. Tierra pobre, sí, de la que los pocos niños y adolescentes que hay tratarán de huir en cuanto puedan, pero a la que tal vez regresarán en los meses de verano y siempre en el recuerdo.

Y lo harán de esa forma agradecida del que sabe que ha tenido la suerte de conocer la grandeza de una cultura y un mundo excepcionales. Y entonces comprenderán que nada han perdido. Que el tiempo jamás se pierde. Que lo único que se pierde es la historia. Y a menudo ni aun eso.

---

© Fernando Sánchez Alonso

Reportaje (fotos y texto) publicado en *Interviú*, nº 1920, semana del 11 al 17 de febrero de 2013.

Una selección fotográfica de este reportaje se publicó también en la edición digital de *EL PAÍS*, 2 de noviembre de 2013. Y en la revista *Anoche tuve un sueño*, nº 15, 2013.

[www.fernandosanchezalonso.com](http://www.fernandosanchezalonso.com)